

SOCIEDAD BOLIVIANA DE COLOMBIA

Dos discursos

Marco Fidel Suárez.

Arturo Quijano.

LA ARMONIA BOLIVIANA.

LA DOCTRINA SUÁREZ.



MCMXXVI

Águila Negra Editorial — Carrera 7.ª — 540

BOGOTÁ

ARTURO QUIJANO

MARCO FIDEL SUAREZ

La Doctrina Suárez. La Armonía Boliviana.

Discursos

pronunciados en el acto de entregar al señor doctor Marco Fidel Suárez
la condecoración de la Sociedad Boliviana de Colombia.

El señor doctor Arturo Quijano dijo :

Señor doctor Suárez :

La Asamblea general de la Sociedad Boliviana de Colombia, en acuerdo de magnífica justicia, resolvió otorgaros la condecoración de la Sociedad, en la primera clase. Y uno de los más distinguidos jefes del Ejército, el señor general Paulo Emilio Escobar, y el que habla, fueron honrados con el encargo de entregaros los documentos correspondientes y la preciosa insignia—que pondrá sobre la solapa de vuestra levita el dignísimo Presidente de la Sociedad, don Andrés Eloy de la Rosa, Encargado de Negocios de Venezuela, y cuya iniciativa y feliz éxito en la fundación de la Sociedad nunca serán suficientemente encomiados: él es ya, por ello, un benemérito de América.

Preciosa insignia aquélla, sí, por todos conceptos: no sólo por cuanto significa y simboliza, sino porque, como expresión de ese símbolo y de esa significación, hallaréis en ella las armas de la casa solar de los Bolívar, esculpidas en oro de nuestras montañas, como quien dice sobre un pedazo del corazón de Colombia.

Tal es todo el lujo y todo el esplendor de la modesta enseña que de hoy más habrá de lucir a su turno sobre otro «pedazo de las entrañas de la Patria»: vuestro corazón.

Sea esta la única frase que sobre vuestra persona exprese yo aquí en estos momentos, de gran satisfacción para mí, como colombiano, como respetuoso amigo, como allegado vuestro de varios años en patrióticos quehaceres. Y es precisamente ese buen conocimiento que he adquirido de vuestro carácter, ajeno a toda ostentación, lo que me da la certeza de la repugnancia con que oírías tantas cosas justas que ahora pudiera decirlos.

Pero en cambio podré referirme con todo derecho a algo muy trascendental, que si bien tuvo precioso origen en esta casa, ya no os pertenece: pertenece por dicha a la América, futuro refugio,—que Dios sea servido de convertir en Paraíso— de la humanidad entera.

Me refiero a la Armonía Boliviana, a la «Doctrina Suárez», tan justamente bautizada así, a pesar de vuestra delicada renuencia.

Qué grande acto este de la Sociedad Boliviana al decretar para vos la condecoración de primera clase, ya que no hay otra más alta, que bien merecíerais, señor, porque vuestra admirable concepción es la genitora auténtica, en veces con detalles de una precisión desconcertante, de la obra sin par que adelanta la Sociedad.

De suerte que—aun rompiendo los estrechos límites usuales para la palabra en actos como el presente—es imposible prescindir ahora, en el momento cabal, de vuestras propias palabras, al definir en frases tan únicas como originales, de una lógica tan sencilla como estupenda, la razón de ser de vuestra continental iniciativa :

«De la misma manera que los sentimientos que corresponden a las relaciones del género humano consienten una gradación de afectos que abarcan la caridad universal, el amor patrio, los afectos regionales, y los afectos domésticos, así las relaciones de

los Estados consienten una escala, nó de derechos, pero sí de consideraciones. Entre todos los pueblos de la tierra el Derecho de Gentes ha establecido cierta especie de vínculos privilegiados que ligan los pueblos cristianos, porque éstos poseen la razón fundamental de la ética internacional. Entre los pueblos cristianos, los de la América latina tenemos que mirar con predilección los vínculos que existen en el seno del gran grupo de pueblos formados por la madre España y por sus hijas de este continente. Y entre estas naciones, algunos consideran también natural que las repúblicas que debieron su emancipación a unos mismos esfuerzos o que formaron un día la antigua Colombia, establezcan entre sí una forma singular de hermandad común. De esta suerte, Bolivia, Colombia, el Ecuador, el Perú y Venezuela debieran formar, según la opinión que estoy exponiendo, una especie de unión natural, una confraternidad espontánea de pacíficos esfuerzos en pró de su bienestar y creciente cultura».

Eso decíais para recibir como Presidente de Colombia a un representante de la nación que tuvo la dicha de ver nacer al Libertador. Y agregábais esto, que constituye propiamente la definición jurídica y la posibilidad en Derecho de la doctrina a que arriba quise referirme :

«Es claro que ella no podría referirse a una nacionalidad, ni a una confederación, ni siquiera a una alianza formularia fundada en los tratados; pero sí podría tal vez constituir, en virtud de una amistad constantemente conservada, cierta armonía fundada en la costumbre, fomentada por la concordia de varios millones de habitantes, dirigida a la prosperidad y educación de cinco naciones, y que sirviera de ejemplo ¿porqué no decirlo? a los pueblos que todavía no han escuchado el eco celestial de la paz».

Mas qué mucho que así dijérais, si en la ocasión más solemne de vuestra vida, en el acto de ascender mercedamente al propio solio de Bolívar, habíais hablado vuestra mente y vuestro corazón de esta manera ? :

«Con las naciones cuyo grupo lleva el nombre del Libertador, debe también cooperar (Colombia) a efecto de que los congresos bolivianos sigan celebrándose, lo cual activará las mutuas relaciones de esos pueblos y podría formar a la larga un concierto amistoso que facilitase en bien de todos la colonización de sus territorios vertientes al Orinoco y al Amazonas, una vez definidos los derechos de cada uno».

Coronación perfecta, y práctica, y efectiva, con caracteres de una singularidad única, de ese apostolado de la paz suramericana, fue vuestro viaje a la frontera sur, haciendo, a vuestra edad, jornadas por terríficas montañas, hasta llegar a la línea divisoria con el Ecuador y abrazaros allí—abrazo también único en los anales del continente—con el Presidente de la hermana República. Con cuánta razón exclamó éste entonces, en frases tan lapidarias como proféticas :

«Este puente es una cumbre. Hacia ella miran atentas y suspensas las hijas del que fue hijo invencible de Colombia y Marte; hacia ella vuelven los ojos los pueblos todos de la América, y en esa cumbre nos hallará y apreciará la Historia».

Oh! Y ese abrazo, de un simbolismo desconocido en el moderno Derecho internacional de viejas sociedades o de pueblos nuevos, no fue tan sólo de los dos mandatarios, sino también de los otros tres presidentes, como que allí mismo dirigisteis a éstos, con el señor Baquerizo Moreno, el célebre mensaje telegráfico donde quedó definitivamente cristalizada la idea sobre la armonía boliviana.

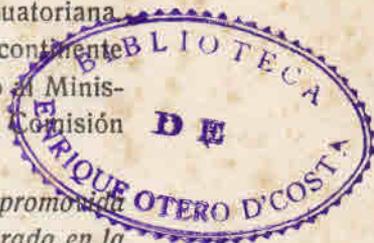
Y esa labor, principiada en los salones de la cancillería colombiana—en el histórico palacio de Bolívar, donde firmásteis los tratados de arreglo directo de límites con Venezuela y Ecuador e iniciásteis y dirigisteis el de la misma clase con el Perú; esa altísima empresa, que culminó en vuestros labios desde el solío del Congreso de Colombia y que se sublimó en el puente de Rumichaca, sigue día por día y hora por hora—me consta muy de cerca—siendo el precioso objeto de todas vuestras preocupaciones.

Para comprobarlo bastaría citar un hecho recientísimo: la única nota que hoy interrumpe, aunque aparentemente, la armonía boliviana, es la ruptura de relaciones diplomáticas que el Ecuador quiso respecto de Colombia. Y digo que aparentemente, porque esa armonía no se ha roto y continúa firme, por decir lo menos, entre los dos pueblos. Este admirable y consolador fenómeno lo describisteis hace pocos días con vuestra habitual precisión y original manera, porque hoy, como ayer y como siempre, sois el mismo apóstol de la concordia boliviana, el mismo Presidente que fue gozoso hasta la raya ecuatoriana. Es indispensable que se conozcan y aprecien en el continente entero, las gráficas frases vuestras del Informe último al Ministerio de Relaciones Exteriores sobre las labores de su Comisión Asesora, hoy de vuestra digna presidencia:

«La interrupción de las relaciones con el Ecuador, promovida por el Gobierno de dicha República, ha sido considerada en la forma de moderación y justicia que los hechos exigen y que los antecedentes demandan; pero, ¡cosa notable!, sin alterar en cierta manera sentimientos que prevalecieron siempre en nuestra Nación y Gobierno, sentimientos que comunican al caso más bien cierto carácter físico que moral, de nuestra parte, lo cual quiere decir que el decoro y la amistad social estarán dispuestos en cualquier evento a obrar como cumple a la dignidad y tradición amistosas».

Señor soñador de realidades:

Si Bolívar, al delirar sobre el Chimborazo, soñó en lo que parecía una realidad, vuestra doctrina, al esplendor desde Rumiachaca, realizará lo que parece un sueño!



El señor doctor Marco Fidel Suárez contestó :

Honorable señor De la Rosa, señor doctor Quijano, señor general Escobar, señores :

En ocasiones como esta sí que cabe muy bien decir que del corazón hablan los labios, aunque por eso mismo no alcancen las palabras a donde suben los sentimientos. Ellos, ante todo, me rebosan de amistad y gratitud hacia vosotros, por la generosidad con que honráis mi casa al venir a ella, en lugar de llamarme ante la dirección de la Sociedad Boliviana de Colombia, a ser favorecido por esta ilustre corporación.

En seguida siento que mis afectos se conmueven al pensar que la ilustre Sociedad que así procede y sus miembros que de esa manera me tratan, merecen de parte mía acendrada gratitud, ya por el elevado carácter del diplomático que nos escucha, conterráneo de Bolívar y amigo de Colombia; ya por la bondad largo tiempo comprobada hacia mí por el doctor Quijano y por el General Escobar; ya por la ilustración y altas prendas sociales de los demás amigos aquí presentes, dignos individuos de la Sociedad Boliviana de Colombia.

Y como resumen de mis ideas y efusión de mis afectos, el objeto de este saludo y el fin de esta manifestación, tan honrosa para mí como lealmente agradecida por vuestro humilde colega, me excitan recuerdos, reflexiones y sentimientos que no puedo dejar de expresar.

Bien me acuerdo de la ocasión en que tuve la fortuna de esbozar, como tenue niebla futura, lo que luego se llamó Armonía Boliviana en algunos diarios de estas repúblicas. Ello fue al recibir al señor doctor Coronil como plenipotenciario de Venezuela en Colombia, y cuya desaparición ha sido lamentada por su gobierno, por su familia y por sus amigos, entre quienes nos contamos los presentes y otros muchos colombianos. También recuerdo que esa modesta idea recibió después algún desenvolvimiento práctico sobre el puente de Rumichaca, en la

frontera común de Colombia y el Ecuador, cuando tuve el honor de presentar mi saludo al digno Presidente de la nación ecuatoriana, y cuando escuché sus palabras tan nobles como discretas, y tan sabias como fraternales. Entonces nos tocó a los dos dirigir a los dignos mandatarios de Bolivia, el Perú y Venezuela, un saludo que expresó las mismas aspiraciones en favor de la Armonía Boliviana y que fue correspondido en la forma de una reciprocidad que ilustró aquellos días y aquellos votos. El alambre eléctrico transmitió entonces algo como el destello de una constelación del Libertador, que con el hálito de su heroísmo y con el esfuerzo de sus colaboradores fundó para siempre en este Nuevo Mundo una de las combinaciones más republicanas que honran al universo y que servirán al progreso de los hombres.

Al par de estos recuerdos os expreso, señores, mis ordinarias pero sinceras ideas, que miran no sólo a esta patria cuyo suelo nos apoya y cuyo ambiente nos rodea, sino a las demás patrias hermanas, que son Bolivia, el Ecuador, el Perú y Venezuela, a quienes vosotros y yo deseamos no solamente la prosperidad que una por una merecen, sino otra bienandanza solidaria, apoyada en su común origen, aconsejada por el recuerdo de sus libertadores y dirigida a una labor permanente de progreso espiritual y físico. Semejante concurso no sería una alianza pública ni privada, sino una confederación fraternal y patente, encaminada a la conquista gradual de la cultura, delante del orbe civilizado y en medio de la mejor amistad hacia las repúblicas de la América Latina.

Junto con estos recuerdos y conceptos se asocian también los afectos de un corazón gastado por la edad pero no por la indiferencia o la inacción. Al contrario, él late todavía al golpe del amor patrio y al de la hermandad más verdadera hacia la confederación pacífica y provechosa de las repúblicas bolivianas, cuyo bienestar, decoro y bienandanza buscaría yo y ansiaría, si estas palabras no fueran un atrevimiento en mis humildes circunstancias. Pero a pesar de esto y de mis flacas

facultades, experimento no un impulso dividido e incompatible, sino solidario y fraternal, que me haría mirar como buena dicha el que junto al Guayas y al Rimac, en las vertientes del Ilimani y al pie del Avila, que dio sombra a la cuna del Libertador, alguien supiera, dijera y creyera que en este altiplano, «perenne sonrisa de la tierra colombiana», hay un sujeto lleno de días que al mismo tiempo lo está del deseo de ser considerado como ciudadano internacional de la Armonía de las naciones que veneran el recuerdo de Simón Bolívar.

Como remate de este acto, modesto en la parte que me concierne, pero muy solemne en la que corresponde a la Sociedad Boliviana de Colombia y a vosotros, que os habéis dignado favorecerme y honrarme en la forma más generosa, os ruego recibáis uno de los votos más sinceros y profundos que pueden hacer palpar mi corazón. El se dirige a la prosperidad y duración de la Sociedad Boliviana, floreciente ya en Colombia y en otras repúblicas americanas: a la ventura personal del diplomático que me ha entregado la insignia preciosa que guardaré con culto de amor y gratitud: y a la dicha de todos vosotros, para quienes he de cultivar un reconocimiento que me ligará de modo especial al gallardo jefe de nuestro ejército que nos acompaña, y especialmente a mi distinguido colega de la Comisión de relaciones exteriores, cuya colaboración de amistad e inteligencia me auxilia y favorece diariamente.



AGUILA NEGRA EDITORIAL